

## El epicentro de un conflicto

*EL ASUNTO QUE SE dirime entre israelíes y palestinos desborda ampliamente el destino propio de estos dos pueblos*

PASCAL BONIFACE - 02:16 horas - 26/08/2003

La conmoción producida en 1993 por el artículo de Samuel Huntington sobre la guerra de las civilizaciones no ha cesado de provocar repercusiones. Los atentados del 11 de septiembre de 2001 por la guerra de Iraq infundieron nuevo aliento a esta tesis. El libro sobre el tema se convirtió en un éxito de ventas mundial. La tesis se suele ver recusada, aunque en escasas ocasiones una tesis tan discutida habrá sido tan ampliamente comentada.

En relación con esta teoría del enfrentamiento de las civilizaciones se suelen cometer dos errores. El primero consiste en creer en su inevitabilidad por tratarse de un futuro ineludible ante el cual, en consecuencia, hay que prepararse. Nada más falso. No existe un automatismo o determinismo relativo a un conflicto entre las civilizaciones en mayor medida que el que existe entre los estados. La historia la hacen los hombres, los pueblos y los dirigentes, y sus acciones y decisiones pueden conducir tanto a la guerra como a evitarla. El enfrentamiento entre musulmanes y occidentales no está escrito de antemano. El riesgo consiste, por otra parte, en transformar esta idea en profecía que se autorrealiza. A fuerza de hablar de un acontecimiento como algo que necesariamente ha de producirse se facilitan los requisitos de su advenimiento. Si occidentales y musulmanes se acostumbran a discursos que les presentan como enemigos irreductibles, crearán en ellos y mantendrán unas relaciones realmente antagónicas.

Sin embargo, el otro error consiste en refutar esta tesis por razones de "corrección política" y confundir lo que se desea evitar con lo que no es posible evitar. Decir que la guerra entre civilizaciones constituiría una catástrofe es una cosa, decir que al hablar demasiado de ella se cumplen las condiciones que podrían facilitarla es otra. Pero inferir que por la sola razón de que no es deseable no sucederá sería un gran error. Evidentemente, hay que evitar las guerras entre civilizaciones. Pero no basta para lograrlo contentarse con condenar esta idea: es menester que se den los requisitos de carácter político para que no acontezcan. La simple condenación moral, la política de las buenas intenciones no pueden ser armas eficaces. En suma, en lo concerniente a la guerra de las civilizaciones hay que evitar, a un tiempo, la profecía que se autorrealiza y las ilusiones.

La resolución del conflicto palestino-israelí mediante la creación de un Estado palestino viable al lado de un Estado israelí con fronteras seguras y reconocidas no acabará con todas las perspectivas de enfrentamiento entre Occidente y el islam ni bloqueará toda eventualidad de una acción terrorista. Podrá aún haber sobresaltos; ahora bien, la citada resolución privará de uno de los principales argumentos a todos los que en el mundo musulmán presentan a Occidente como su enemigo. Sea como fuere, pesarán el destino reservado a los palestinos y el incumplimiento de las resoluciones del Consejo de Seguridad sobre el conflicto de Oriente Medio mientras se es tan exigente en circunstancias distintas... Puede decirse que el conflicto palestino-israelí ha recibido un tratamiento desmesurado en relación con la cifra real de víctimas, recurso fácil del que se sirven ciertos regímenes árabes y que les permite canalizar la energía de las multitudes desviándola de los problemas políticos internos. Todo esto está sobre la mesa, pero no deja de ser justo constatarlo. La falta de resolución de este conflicto y el destino de los palestinos resultan un motivo importante de frustración en los países musulmanes y de resentimiento con respecto a los países occidentales y, sobre todo, a EE.UU., que dan la impresión de que dejan a Israel absolutamente libre de actuar como quiera. Es un sentimiento subjetivo pero tan intenso que se ha convertido ya en objetivo.

El asunto que se dirime entre israelíes y palestinos desborda ampliamente el destino propio de estos dos pueblos. Si nos remontamos a lo que no fue más que una ocupación territorial circunstancial en 1967 (territorios por paz), el pueblo en el que apenas nadie al principio reparaba se ha convertido, paulatinamente, en el epicentro de un supuesto choque de civilizaciones. Se trata sin duda de un efecto derivado de la globalización, que funciona asimismo en el caso de los pueblos árabes. Los palestinos, de tanto ver cada día en televisión carros de combate israelíes patrullando por las calles de localidades palestinas, soldados que tirotean a civiles y casas destruidas (9.000 después de la segunda "intifada") se han convertido, sin buscarlo, en "la" causa árabe.

Los israelíes no andan equivocados al decir que hay en el mundo otros conflictos más sangrantes y crueles que el que le opone a los palestinos. Sólo hay que recorrer con la mirada el continente africano para convencerse de ello. Tampoco se equivocan al decir que la suerte de los chechenos es menos envidiable que la de los habitantes de los territorios ocupados. Pero los africanos se matan entre ellos. El error de los occidentales remite en este caso a la no intervención. Rusia se las arregla ella sola en la guerra en Chechenia. El mundo occidental no le crea problemas, pero tampoco le proporciona ayuda. El conflicto palestino-israelí, inferior a otros en términos de extensión geográfica y número de muertos, es superior en términos de consecuencias geoestratégicas potenciales. Así pues, según se solucione o no este conflicto, las perspectivas de un choque de civilizaciones se alejarán o se aproximarán.

El destino del mundo puede dirimirse sobre esta superficie de algunos kilómetros cuadrados. Israelíes y palestinos –al tiempo que defendían sus vidas y haciendas y sin percatarse de ello– se han convertido en depositarios no sólo de un posible cambio de paradigma de los

conflictos, sino además de la posible eclosión de un importante conflicto entre civilizaciones. Y por esta razón, más aún que por motivos asociados a la compasión hacia las poblaciones afectadas, el conflicto no puede dejarse en manos de sus protagonistas en caso de persistir en no alcanzar un acuerdo. Ha dejado de pertenecerles en propiedad.

P. BONIFACE, director del Instituto de Relaciones Internacionales y Estratégicas (IRIS) de París

Traducción: José María Puig de la Bellacasa

---

LA VANGUARDIA, el diario más vendido en Catalunya Control OJD-WWW  
Copyright La Vanguardia Ediciones S.L. y Iniciativas Digital Media S.L. All Rights Reserved  
Aviso Legal